

Michael H. Knapp (2013), *Doctrina y enseñanza en la lengua mazahua. Estudio filológico y edición interlineal del texto bilingüe de Nájera Yanguas*, México, Instituto Nacional de Lenguas Indígenas.

En los últimos años, el concepto de edición crítica ha debido ensancharse para satisfacer cabalmente las nuevas necesidades de los diferentes campos disciplinarios que han requerido de sus servicios. Si una definición general de crítica textual es la del *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española para la entrada *filología* (“técnica que se aplica a los textos para reconstruirlos, fijarlos e interpretarlos”), la verdad es que con el paso de los años ha sido necesario recurrir a distintas estrategias para enriquecer el apartado de las ediciones académicas, cuyo destino primordial es servir como infraestructura para la investigación.

El libro que publica Michael H. Knapp se enmarca precisamente en el ámbito de la edición académica, cuya principal función es apoyar los estudios de filología mazahua. Desde las primeras páginas, el autor se posiciona frente al método y demuestra sus inconsistencias a partir de la perspectiva del texto que se propone editar, la *Doctrina y enseñanza de la lengua mazahua*, de Nájera Yanguas, publicada de manera póstuma en 1637. Mientras que el método de la crítica textual definió sus bases decimonónicas en torno a tradiciones textuales con varios testimonios, los cuales relacionó bajo el concepto de error, el texto estudiado por Michael H. Knapp es un *codex unicus* o *editio unica*; es decir, una obra conservada de forma exclusiva a través de un solo testimonio. De ahí que el autor se pregunte en algún punto de su trabajo: “en qué medida nuestra transcripción de la *DELM* es una edición crítica del texto; según vimos, en una tradición con un solo testimonio (impreso en nuestro caso), preparar una versión de esta índole significa corregir en lo posible las erratas del texto” (p. 61).

Las dudas que se plantean me parecen justificadas y la solución final encarnada en la investigación resulta atinada y pertinente. Dichos materiales, preciosos para los lingüistas interesados en gramática histórica, tienen rasgos particulares que los modelos generales de crítica textual no han podido rescatar; en sentido estricto, un documento no tiene un arquetipo y una transcripción lingüística como las que

reúne Nájera Yanguas del mazahua, porque se sabe que no tenía una tradición de representación gráfica ni en los manuscritos ni en los impresos de la época. Un texto de interés lingüístico no puede recibir el tratamiento que se da a los textos clásicos (cuyo objetivo principal es la reconstrucción de un original perfecto), los textos medievales (donde se elige al mejor representante de la tradición) o los textos literarios modernos y contemporáneos (pues falta una voluntad de perduración en este tipo de escritos). Ante una edición donde el documento editado puede considerarse un *original*, la reconstrucción o corrección textual resulta innecesaria; parece preferible una actitud conservadora que permita dar cuenta de cualquier rasgo lingüístico pertinente en los diferentes niveles de la lengua.

El concepto de error, para quien edita textos literarios, no puede (ni debe) ser compartido por la lingüística, y el concepto de *original*, en el caso de un tratado lingüístico publicado de forma póstuma, genera dudas al agudo editor. Estos datos, por el contrario, confirman la necesidad de generar modelos editoriales diversificados en función de las necesidades de cada disciplina. En ese sentido, para la lingüística el concepto de *error* puede resultar enormemente significativo cuando se desea documentar estados de lengua (aunque, por supuesto, no deja de considerar la presencia de algunas erratas cometidas dentro del taller, especialmente en el texto en español). Las condiciones del mercado editorial del siglo XVII explican, al menos en parte, que los novohispanos en español y lengua indígena rara vez alcanzaran una segunda edición y, cuando se llegaba a ella, generalmente se realizaba sin intervención del autor, por lo cual las variantes entre ediciones no superaban la categoría de erratas. Llama la atención que, antes de tomar una decisión al respecto, Michael H. Knapp realizó un análisis de los hábitos editoriales frente a los textos novohispanos, con resultados que vale la pena comentar, puesto que los análisis de este tipo no son frecuentes. Según él, puede hablarse de la siguiente tipología: 1) la edición facsímil; 2) la edición paleográfica, pero normalizada en cuanto a acentuación, puntuación y otros aspectos; y 3) las ediciones modernizadas. Estas categorías anuncian, sin duda, el magisterio de la historiografía como principal paradigma en la conservación de fuentes, donde, a la par, se ha intentado rescatar, mediante ediciones facsímiles y paleográficas, el componente formal de la fuente historiográfica; y, por medio de las modernizaciones, los contenidos principales, necesarios para la documentación histórica. Con la historiografía como trasfondo, todos los documentos editados

podían considerarse *originales* y la reconstrucción resultaba innecesaria; en este caso, era preferible una actitud conservadora que permitiese dar cuenta de cualquier rasgo lingüístico pertinente en los diferentes niveles de la lengua.

Como una disciplina afín, interesada también en las fuentes, en los últimos años se ha empezado a hablar de la edición crítica de textos de interés lingüístico, con trabajos como los de Concepción Company para textos novohispanos (“Para una historia del español americano. La edición crítica de documentos coloniales de interés lingüístico” [2001], en Leonardo Funes y José Luis Moure (eds.), *Studia in honorem Germán Orduna*, Alcalá, Universidad de Alcalá, pp. 207-224; o “Aspectos metodológicos prácticos para una filología lingüística del español colonial de México” [2001], en Belem Clark y Fernando Curiel (eds.), *Filología Mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 111-139) y los de Pedro Sánchez-Prieto Borja (*Cómo editar los textos medievales, criterios para su presentación gráfica* [1998], Madrid, Arco/Libros); o Lola Pons Rodríguez ((ed.), *Historia de la lengua y crítica textual* [2006], Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert); en esta línea, el trabajo de Michael H. Knapp viene a enriquecer este panorama con su propuesta editorial para una obra bilingüe, multicultural, con propósitos pedagógicos.

En el caso de la edición de la *Doctrina y enseñanza en la lengua mazahua*, por supuesto que puede hablarse, lícitamente, de una edición crítica. Para su realización, el autor comenzó por revisar las ediciones modernas de la *Doctrina*, fundamentalmente paleográficas y facsímiles. Con estos antecedentes, consideró que el rescate del texto y su difusión era un objetivo ya cumplido por estas ediciones (p. 61), lo que le permitió buscar “una solución más compleja que toma en consideración el estatus especial del testimonio como corpus lingüísticos” (p. 61). En ese sentido, el trabajo de Michael H. Knapp propone una intervención filológica y crítica que confiere a la edición, de forma más que legítima, el apellido de *crítica*:

Por un lado, se proporciona la transcripción paleográfica del texto, que retoma casi literalmente el facsímil y resuelve en lo posible el pequeño porcentaje de lecciones dudosas debido a la impresión deficiente o erratas. Por el otro, se agrega una nueva línea de transcripción con la reconstrucción fonológica (segmental) del texto, donde se marcan además las diferentes fronteras morfológicas de las expresiones. Y ésta se complementa, por último, con una tercera línea que da la traducción morfémica de las formas. Aunque esta solución puede parecer algo aparatosa a primera vista, veremos que su diseño se justifica plenamente en términos del análisis lingüístico que se desarrolla en los próximos capítulos. (p. 61)

En relación con el texto bilingüe, a la traducción castellana le sigue el texto en mazahua; como intervención editorial, sigue una reconstrucción fonológica y morfológica. El autor propone un concepto de reconstrucción:

[...] si bien en el caso de la DELM se trata en principio de formas atestiguadas, la propuesta de escritura empleada por Nájera para representar el mazahua está lejos de ser fonémica, ya que no capta numerosas oposiciones significativas. Y tomando en cuenta que es un testimonio aislado, resulta que muchas formas mazahuas del texto son como imágenes borrosas que sólo nos muestran algunos contornos de la figura completa. Por tanto, parece adecuado hablar de reconstrucción para referirnos a la recuperación de la nitidez de esas imágenes. (pp. 75-76)

Como puede verse, la perspectiva editorial determina en cierto sentido la configuración del texto crítico propuesto, así como la naturaleza de los estudios que acompañan la edición. Ultimar un texto crítico con estas características hubiera sido imposible sin explicitar el método y obtener resultados concretos del análisis del mismo testimonio que se edita. Por ello, un resultado muy valioso de estas decisiones se refleja en el “Estudio filológico de la obra” (pp. 29-199) y, de manera particular, en el estudio grafemático (vocales y prosodia, consonantes), morfológico y léxico (pp. 106-132). La parte más amplia corresponde, como sería de esperar, al mazahua antiguo (pp. 133-197). En cada caso, Michael H. Knapp enfoca los problemas con el mayor rigor metodológico y sin perder de vista la incertidumbre alrededor de varios aspectos del proceso de fijación por escrito de una lengua que tuvo una preeminencia oral. Por ejemplo, en tanto que parece característico el polimorfismo gráfico, aparentemente es preferible renunciar a la idea de que haya podido existir una ortografía del mazahua (p. 198).

El amplio volumen termina con una extensa sección titulada “Esbozo gramatical del mazahua antiguo” (pp. 565-763), la cual rebasa, a todas luces, la noción de “esbozo”, aunque su autor lo prefiere titular de ese modo en razón de “la naturaleza fragmentaria y reconstruida del material” (p. 565), así como del “universo relativamente limitado y sesgado de datos” (p. 565). Así, en función de este corpus concreto, se propone llegar a “una serie de observaciones y sistematizaciones con base en los datos del corpus” (p. 565). El trabajo es exhaustivo y muy rico si se tiene en cuenta que el punto de partida no fue un texto compuesto libremente en mazahua, sino una traducción lineal de un texto castellano, por lo cual la subordinación al texto base no puede desatenderse. Aun así, este esbozo gramatical rebasa, por mucho, lo

que se había adelantado hasta ahora en mazahua antiguo y ofrece una descripción amplia y rigurosa tanto en el plano léxico como en el de frase, centrada en procesos fonológicos y morfológicos en la construcción del sintagma nominal, uso de cuantificadores e interrogativos, sintagma verbal, sintagma preposicional, adverbios y, finalmente, conjunciones e interjecciones. Se trata, como puede apreciarse, de un despliegue muy completo de los temas gramaticales que pueden entresacarse de un texto cuyo origen fue profundamente práctico en una dinámica de adoctrinamiento.

El amplio y minucioso trabajo desplegado por el autor en esta investigación ofrece, en primer lugar, una riquísima lista de aportaciones, desde varias perspectivas, a lo que se conocía de filología del mazahua antiguo hasta hoy. En el plano gramatical, la mera sistematización de los datos resulta un avance significativo, sin obviar sus contribuciones en el plano de la morfología y la frase. Estos avances no se quedan, sin embargo, en su campo disciplinario.

Michael H. Knapp explora nuevas formas de representación de una hipótesis de trabajo en estrecha relación con la conformación del texto crítico, de modo que, detrás de esta edición, también hay una propuesta muy concreta sobre el tipo de tareas que quedan por delante en la edición crítica de documentos antiguos en las lenguas originarias. Contra la estrechez acrítica de la paleografía o la edición facsímil, esta nueva edición plantea un decidido enfoque crítico que, sin alterar el texto fuente, sea capaz de recuperar la riqueza de las formas gramaticales que subyacen bajo las primitivas técnicas de representación gráfica de las primeras imprentas.

ALEJANDRO HIGASHI

ORCID.ORG/0000-0002-2154-9030

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

higa@xanum.uam.mx

D. R. © Alejandro Higashi, Ciudad de México, julio-diciembre, 2016.